

Vidas invisibles

Al ritmo de su corazón

Elizabeth Smart no se ciñó a las normas escritas para una joven adinerada nacida en 1913 y prefirió seguir su instinto, creando una novela cuya intensidad y sinceridad es difícil de superar

“La mujer de Bach escribió parte de algunas de sus obras. Un documental asegura que la segunda esposa del compositor, Anna Magdalena, escribió parte de algunas de las mejores obras del músico”. Estos son el título y el subtítulo de una información publicada el mismo día que me pongo a escribir sobre una mujer escritora de mediados del siglo XX, una mujer a la que, en comparación con otras que se vieron ensombrecidas por la obra de sus parejas o que pusieron su trabajo al servicio de ellos, se le reconoció su mérito... Pero a menudo con críticas sobre su carácter demasiado emotivo, histérico tal vez, sobre su irracionalidad y su incapacidad para pulir sus novelas hasta dejarlas desprovistas de demasiada sinceridad y libertad.

Elizabeth Smart no tuvo problemas para firmar sus historias, ni para que le fuera reconocida su capacidad para escribir de forma diferente, para saltarse los límites que se le ponen a las artistas.

No, ésos no eran sus problemas. Elizabeth Smart solo los tuvo para ser entendida de verdad, para que su trabajo fuera puesto al nivel del de sus compañeros masculinos. Era como si romper

las cualidades para mejores fines y más pronto. Qué distinta habría sido tu vida en tal caso”. Con “estupendas cualidades” se refería a “fortaleza, resistencia y simpatía”; le faltaba añadir la belleza, pues al parecer la Smart era un bellezón, y ya se sabe cómo se valora eso en una mujer. Era todo eso, tenía todo eso. Basta leer sobre su vida para darse cuenta.

Nacida en una familia adinerada de Ottawa, estaba destinada a ser otra hija que se casa bien después de haberse cultivado un poco y haber asistido a muchos bailes. Pero Elizabeth desde muy joven quiso algo más. Quiso leer más que un poco, escribir lo suyo y vivir el amor libremente, solo por amor y no por comodidades o el qué dirán. La verdad es que se empeñó en esto último especialmente, no solo porque una vez que comenzó a vivir lejos de sus padres descubrió el sexo —hablamos de la década de 1930, había nacido en 1913—, sino sobre todo porque un día entró en una librería de Londres, cayó en sus manos un libro de poemas de un autor llamado George Barker y decidió que aquel era el hombre de sus sueños. Sueños: alma. El único con el que podría entenderse de verdad, pensó. El

“Mi corazón contra mi corazón se encarniza.
El ritmo de sus latidos es el ritmo de la
verdad, envenenado ritmo”

con las normas siendo hombre, debiera ser valorado —la voluptuosidad, la falta de corsés y tabúes, el reconocimiento del deseo y del dolor sin ponerse obstáculos a uno mismo, sin censura ninguna—, pero que siendo mujer solo fuera el resultado de algún trastorno mental y mereciera más una receta médica que una palabra de aliento.

Que Smart no era una mujer de su tiempo está clarísimo. Su madre le escribió, tras la publicación de *En Grand Central Station me senté y lloré*, “tus ideas no me parecen compatibles con la salud mental”. Casi nada. Y “ojalá hubieras utilizado esas estupen-

das cualidades para mejores fines y más pronto. Como dice Rosemary Sullivan en la biografía sobre la escritora publicada hace años por Circe, “sin haber visto siquiera una foto suya, comenzó la relación de Elizabeth con él, que duraría toda la vida... Todo lo que había precedido la propulsaba hacia ese momento”.

Fortaleza, resistencia y simpatía (y belleza) mediante, Elizabeth llegó a conocer al poeta, que resultó estar casado y que, como ella, vivía más o menos libremente su sexualidad. Primero le ayudó económicamente en la distancia y manteniendo con-



Elizabeth Smart en California, después de haber conocido a George Barker



Elizabeth con sus hijos, 1948



tacto por carta; luego, ya en California, acompañó a Barker y su esposa largo tiempo; después, comenzaron una relación de la que nacieron cuatro hijos en menos de una década y construida sobre largas separaciones, llena de idas y venidas, de promesas, de intentos de explicarse qué era el amor y cuántas veces se podía recuperar la confianza.

Llena, también, de la fe de cada uno de ellos en el trabajo del otro. Barker no se lo negó nunca pero sí la ayuda en la crianza de los hijos, lo cual complicaba mucho la vida de la escritora. Algunos amigos le decían a Eliza-

beth que para qué intentarlo si jamás llegaría a ser como su compañero. Pero ella trabajó durante años sobre sus diarios y experiencias, añadiendo sus muchísimas lecturas —incluida la Biblia—, hasta dar forma a un libro corto e intenso que sigue siendo moderno tanto tiempo después. Porque es personal, único; porque es una labor de orfebrería literaria de tal profundidad y sinceridad que parece imposible que sea real. Es una exploración de sí misma, del deseo y de los límites, de la tradición y de la ruptura, con continuas referencias literarias. Es un texto en prosa, pero en la

Ella canta al amor tal
y como lo entiende.
No se guarda
sentimientos ni
se avergüenza

memoria queda impreso como un largo poema. Las críticas que recibió en su primera edición lo calificaban de “un violento y hábil ataque a la familia”, de “curiosas efusiones”, “egocentrismo que provoca la repugnancia del lector y deja la impresión de que la autora ha desperdiciado un gran potencial de patetismo en un tema trivial que no merecía tanto”, “un auténtico don de imaginación poética, una loable sinceridad y un profundo candor en el sufrimiento”...

En la novela —¿novela? ¿hablamos de autoficción o de qué hablamos?—, Smart cuenta su camino desde antes de conocer a Barker hasta su unión en los primeros años, incluido su primer embarazo, que por supuesto fue todo un escándalo. Ella canta al amor tal y como lo entiende. No se guarda sentimientos, ni se avergüenza, y muestra su extrañeza ante aquellos que la señalan y le dicen que lo que hace es ilegal. Sí, lo era. Viajaba con un hombre casado; debía decir que la habían engañado o confesar-se loca, pero no mostrarse tal y como quería. “La sencilla palabra Amor ofende con su desnudez”. Sobre todo si la pronunciaba, una y otra vez, una chica rica de buena familia que no quería ocultarse. “¿Es que disfruto escandalizando a los mayores?”, se pregunta en *En Grand Central Station me senté y lloré*. Menos mal que creyó en sí misma. “Mi corazón contra mi corazón se encarniza. El ritmo de sus latidos es el ritmo de la verdad, envenenado ritmo”.

Elena Sierra